

CAPITULO IV.

Un sér encantador.

En la quinta del Gobernador de la Provincia de Varinas, en San Fernando de Apure, reinaba un gran silencio (1). El calor excesivo que afuera hacia, se sentia allí ménos, porque el Gobernador, marques del Toro, habia elegido la situacion de la quinta con acierto, así como dirigido su construccion de tal manera, que no molestaban los rayos del sol ni los mosquitos.

(1) San Fernando del Apure (al rio de Apure) no se debe confundir con la Mision de San Fernando, ántes mencionada, ni con San Fernando de Atabapo, de que mas adelante se hará mención.

El rio Apure pasaba junto á la colina en que se hallaba edificada la hermosa quinta, rodeada de árboles frondosos de liquidámbar, miéntras las aguas que se desprendian de las montañas de granito, situadas detrás de la finca, recorrian, por medio de tubos, casi toda la finca, formando en algunos puntos pequeñas fuentes que contribuian para esparcir, por todas direcciones, un fresco agradable.

Esto tenia lugar principalmente, en el cuarto que habitaba D.^{ca} Arabela, hermana del Gobernador. Era una gran pieza elevada, que formaba un cuadrilátero oblongo. El agua recorria en cruz, formando en el centro una fuentecita. Las ventanas estaban adornadas de tejidos muy finos para impedir la entrada á los mosquitos, dejando á la vez libre circulacion á la luz y al aire. Además, purificaba la atmósfera en aquel lugar una brisa fresca, que venia casi continuamente de las montañas circunvecinas, alejando de allí los insectos molestos.

Pero lo que daba á esta habitación un atractivo particular, era el adorno de las paredes que estaban entapizadas con maderas finas color de oro, lisas como un espejo, y esparciendo á la vez un aroma muy agradable. Muebles muy bien contruidos, que habian llevado de la Habana, estaban colocados al derredor, entre ellos un precioso escritorio y dos estantes de libros, conteniendo éstos las obras mas selectas de los poetas españoles, italianos, ingleses y franceses. Era esto un tesoro raro,

que no poseía, en aquella época, ninguna de las Provincias del Sur de América.

Arabela había sido educada en Madrid, bajo la dirección del Padre Acosta, hombre de talento y de instrucción, que la acompañaba cuando el marqués fué nombrado Gobernador de la Provincia de Varinas, y que continuaba aún siendo su confesor y su amigo. Ella profesaba mucho amor á la ciencia, especialmente á la poesía, y aun estudiaba las matemáticas, bajo la dirección de su maestro, mientras su gusto por la naturaleza se mostraba, por la circunstancia de que mantenía una multitud de animales raros.

En lugar de cuadros que sirven entre nosotros para adorno de las paredes, había bonitas jaulas de bejuco, que contenían los pájaros mas raros, casi todos originales del Brasil.

Dos hermosos papagayos, de color verde y cabeza amarilla, se mecían alegremente en grandes aros, hablando y gritando. También había dos pequeños monos, que andaban libremente en la pieza.

Uno de ellos era Tití, del Orinoco (*Simia sciurea*) á quien los indios Maipures llaman Bititeni, muy bonito animal. Tenía la cara blanca y una mancha negra sobre la boca y la punta de la nariz. Lo demás del cuerpo era color de oro, y su joven ama le apreciaba mucho, por la circunstancia de que su cara parecía la de un niño, y tenía la misma expresión de inocencia, juntamente con

la risa y continuos cambios de placer y de dolor. (1)
Cuando lo regañaba su ama, se llenaban sus ojos de lágrimas.

El animalito era tan instruido, que si le preguntaba Arabela ¿dónde está tu ama? brincaba á una de las consolas, mirando ya á la marquesa, ya al espejo, hasta que ella se acercaba y se reproducía su imagen.

Antes había tenido la marquesa algunos de estos *Titis*, que poseían la cualidad de ponerse tristes, cuando bajaba la temperatura dos ó tres grados, y se acercaban unos á otros para calentarse.

En aquella época, como hemos dicho, no le quedaba mas que uno, los demás se habían muerto; pero siempre tenía una compañera, una *viuda de luto*, como llaman los misioneros á los pequeños monos de Saymirir, por su color. Era un pequeño animalito de pelo negro, de mucho brillo, la cara blanquisca, algo azulejo. Las orejas bien formadas, tenían doblada la parte superior: en el pescuezo tenía una línea blanca, de una pulgada de ancho: los piés eran negros, como todo el cuerpo; pero las manos blancas, de manera que el pequeño animal parecía en efecto, hallarse vestido de luto, con un velo blanco, así como corbata y guantes del mismo color.

A todos estos animales monos y pájaros, quería mucho Arabela, que era tan amable como hermosa.

(1) Viaje á las regiones equinocciales, tomo II, pág. 265.

Su esbelto talle daba á su bien formado cuerpo, á pesar de su constitucion robusta, un aspecto encantador y delicado. Todo en ella era belleza y armonia, mientras la apacible expresion de su rostro contribuia mucho á moderar aquel orgullo peculiar á las españolas, que se demuestra más ó ménos en todo: en las facciones, en la figura, en las maneras y aún en los movimientos, siendo el tipo del carácter de su nacion.

Arabela mostraba en todo su aspecto exterior, solamente lo noble de esto. Jamas era ofensivo este orgullo, á excepcion de los casos en que se juzgaba herida en su amor propio. Entónces parecia enteramente otra, oponiendo una frialdad altiva al que la ofendia. En tales casos parecia, en su pureza virginal de corazon, á un querubin con la espada desnuda. En efecto, tenia que resguardar un paraiso, y éste era..... su virginidad en toda su pureza.

Y en la expresion de esta inocencia consistia principalmente el atractivo de su sér, reflejándose aquella en todo: en los ojos, admirablemente formados, con las cejas dulcemente arqueadas y sus largas y sedosas pestañas; en la pura é inocente mirada, y la frente tambien arqueada con suavidad. Sus negros rizos rodeando su hermosa cabeza, contribuian igualmente mucho á dar mayor realce á sus atractivos. Una noble y aristocrática sencillez en sus vestidos, perfeccionaban su aspecto exterior.

A estas cualidades físicas correspondia perfectamente la parte moral é intelectual. Arabela tenia un carácter sencillo, pero firme á la vez. Huérfana de madre desde muy jóven, la obligó el destino á apoyarse primeramente en su padre, despues en el hermano y por último en su digno maestro, el padre Acosta. Por esta circunstancia habia adquirido cierta firmeza viril y un carácter resuelto, hermanado con la verdadera dignidad femenil.

La naturaleza ha dicho á la mujer: «se bonita si puedes; prudente si quieres; pero es indispensable ser estimada.» Esta estimacion es siempre la consecuencia de la dignidad femenil y ésta era el tesoro de Arabela. Se habia podido mover en los círculos aristocráticos de la civilizada Europa, y no se hubiera atrevido á acercarse á ella ningun pensamiento que no fuera estrictamente moral. Con jovialidad é ingenio y sin ser importuna, podia acercarse á todo el mundo; amable con todos sin rebajarse por esto en nada. Con esto era sumamente franca, pero no se dejaba sorprender y arrebatarse jamas de las conmociones de su corazon.

Todo lo recibia con amor, como una niña; pero nunca olvidaba por esto hacer uso de la razon. Poseía ingenio y talento, sin tener la pretension de querer lucir estas cualidades.

Arabela escogia con predileccion y conservaba con gusto aquello que un gran genio habia concebido y presentado en un lenguaje noble. Le gustaba ver inter-

pretados sus pensamientos. Por este motivo se presentaba á su fantasía frecuentemente, lo que tiene de hermoso la poesía; por esto la cultivaba, venerando á los poetas.

El Gobernador su hermano, reunia en San Fernando de Apure, en su casa, lo mas escogido de la sociedad, como lo habia hecho en Varinas, pues aunque San Fernando era un lugar relativamente pequeño, habia en las cercanías muchos plantíos de caña de azúcar y de algodón, cuyos propietarios pertenecian á las primeras familias del país y con quienes el Gobernador llevaba buenas relaciones. Eran éstas las de D. Juan de Reinaga, D. Antonio Enriquez y D. Francisco Sanchez.

De estas familias se componia el círculo que el Gobernador reunia en su casa, al llegar Humboldt y Bonpland; que en su expedicion tocaron á San Fernando, teniendo cartas de recomendacion de D. Vicente de Emparan Gobernador de Cumana, para el marques del Toro. Un gentilhomme español, D. Nicolas Soto, tambien estaba allí de visita.

Este, pariente lejano del marques y desde hacia dos meses el huésped del último, habia llegado de Cádiz con el objeto de perfeccionar sus estudios y satisfacer su deseo de viajar. Dueño de una inmensa fortuna, anhelaba conocer países lejanos, así como sus habitantes y sus costumbres.

Soto era un jóven bien parecido, aunque no un tipo de belleza, y á pesar de sus riquezas, habia recibido una

buena educacion, adquiriendo bastantes conocimientos. Por este motivo no le gustaba ser militar, aunque tenia un grado en el ejército español. Su ingenio, buenos modales y jovialidad, encantaban á todos los que entraban en relaciones con él.—¿Por qué no habia de suceder lo mismo con el marques y su hermana?

Don Nicolas habia llegado con la intencion de permanecer en San Fernando, solo quince dias; pero habian pasado dos meses sin que pensara dejar la casa hospitalaria del marques; tanto le habia agradado al jóven español la familia de aquel.

Arabella por su parte, no descaba tampoco que se fuera.

Ella, apénas de una edad de diez y ocho años, habia conocido hasta entónces, muy pocos jóvenes del mérito de Soto, y era natural que éste le agradara; Soto por su parte la amaba con pasion, desde los primeros quince dias de su permanencia en la quinta. El Gobernador y el padre Acosta notaron desde luego este amor naciente, y como no le vieron con desagrado, siguió desarrollándose paulatinamente entre los dos jóvenes, así como de un boton de rosas resultan aromáticas flores.

El padre Acosta que conoció muy pronto en Soto un jóven instruido y de buen carácter, se alegró mucho de este amor, que debia hacer feliz á su discípula. Su principal anhelo era, por consiguiente, influir en que el amor de Arabela se desarrollara de un modo tan noble y tan bello como posible. Por este motivo le gus-

taba tratar frecuentemente este asunto en sus conversaciones con Arabela.

Una mañana habia pasado en leer la *Luisiada* de Camoen, cuando el Padre Acosta que estaba presente, exclamó con entusiasmo al llegar á cierto pasaje de esta obra:

—¡El amor es lo mas elevado y lo mas noble en la tierra!

Arabela se ruborizó involuntariamente y el Padre lo observó. Sonriendo tomó la mano de su discípula, la miró con afabilidad y dijo:

—No debes ruborizarte al oír esta verdad, hija mia, aunque lo confirme tu corazón.

Arabella se puso mas colorada aún.

—Padre mio!... balbuceó, haciendo muchas caricias á Tití..... ¡padre mio!

—¿Qué pues? dijo el sacerdote con una sonrisa afable.

—¿Sabeis?.....

—Que eres una niña excelente con un corazón muy sensible. ¿Por qué habia de quedar, pues, este corazón extraño al amor?

Arabela, inclinando su cabeza aún mas profundamente, dijo con voz apenas perceptible:

—¿Y vos no desaprobais, pues, mis sentimientos?

—¡No por cierto! exclamó conmovido el padre. El que puede amar es fuerte; el que puede amar es justo;

el que puede amar es casto; el que ama es capaz de emprender y de sufrir todo. El alma de los que de veras aman, es como un sagrado templo, donde arde sin cesar el incienso en que hablan todas las voces de Dios, y se encuentran todas las esperanzas de la inmortalidad.

—Es cierto, exclamó Arabela, y sus miradas expresaban el entusiasmo de que estaba poseida. Siento en mi corazón..... que el amor *puede hacer muy dichoso*.

—Dios te dé esa felicidad, dijo el Padre Acosta, besando la frente de la niña. ¿Y no quieres decirme el nombre de aquel á quien tu corazón ha escogido?

—Vos le conocéis bien.

—Deseaba saberlo de la boca de mi querida discípula.

—Decid mejor, de la boca de vuestra hija: porque siempre habeis sido para mí un verdadero padre.

—Sí, lo he sido, dijo el Padre Acosta con la expresión de una verdad que convence, y con profunda conmoción. Por esto pregunto como padre

—Pues bien, dijo Arabella con voz apenas perceptible, es como sabeis, el joven Soto, á quien amo. ¿Consentirá mi hermano en este amor? añadió con timidez.

—Ciertamente! contestó el sacerdote. El joven Soto es de buena familia, instruido, de talento, y que es lo mas importante, un hombre de carácter. Además, el Gobernador tu hermano, sabe muy bien, que el hombre está creado para el amor, y que no lo siente como tal en la significación mas noble de la palabra, sino hasta el día

que conoce que ama verdaderamente. Antes de conocerlo, se le parece como si buscara algo; está inquieto, excitado y voluble en sus pensamientos; pero desde el momento en que ama, ha alcanzado la base de su destino, y con la felicidad entra el reposo en su corazón.

—¿No es pues un pecado, dijo Arabela radiante de alegría, cuando os confieso, padre mio, que no pudiera vivir sin este amor?

—¡No, hija mía! contestó el padre Acosta, dirigiendo una mirada afable á la niña; es lo mismo que si dijeras no puedo vivir sin respirar. En la vida moral como en la física, es preciso respirar. El amor es la respiración del alma. Ella necesita para conservarse sana y fuerte, del amor, de la aceptación de sentimientos de otra alma, para devolverlos al corazón amado con mas intensidad. Sin este doble objeto recíproco falta al hombre el aire para respirar, hablando moralmente, él sufre y..... se muere.

—¡Oh Padre mio! exclamó Arabela estrechándole las manos. Cuán bueno sois, y cómo sentís todo tan profunda y verdaderamente!

Un suspiro salió del pecho del Padre Acosta: luego dijo con una sonrisa melancólica:

—El amor es un bien comun de la humanidad; los ricos gozan de una buena mesa, y Dios ha tenido cuidado de que aún para los ménos afortunados haya alguna compensación. Pero dejémos esto. Dime mejor, hija mía, ¿ya sabe Soto de tu amor?

Arabela guardó silencio por unos instantes, luego arrojó una mirada franca hácia su amigo paternal, y dijo con inocencia:

—Creo que lo sabe; pero yo no se lo he dicho.....

—Esto se arreglará, contestó el Padre Acosta. El te hará su declaración. El amor es una flor tan delicada, que con cierto sagrado recelo, se debe dejar su desarrollo á la misma naturaleza. Pero ¿sabes, hija mía, que este amor me quita un gran cuidado?

—¿Y cuál, padre mio?

—Que hubieras entregado tu corazón á D. Manuel Sanchez, hijo del gran propietario de la hacienda del «Diamante.»

—¡Oh! contestó vivamente Arabela, esto nunca sucedería. No me gusta de ninguna manera D. Manuel.

—Y tampoco merece tu amor, contestó el Padre Acosta con mucha gravedad. Es un jóven de muchas pasiones, orgulloso, vengativo, y tan cruel para con los esclavos como su mismo padre.

—¿Será cierto?

—Lo sé de positivo. El Padre Romano, que está de capellan en la hacienda del Diamante, me lo ha dicho, hace poco: que el jóven Sanchez, no piensa en otra cosa que en inventar nuevos tormentos para los esclavos de su padre. No le satisface mandarlos azotar con el terri-

ble manati, (1) hasta que caen muertos, no!..... se dice que hace algunos meses ántes de nuestra llegada, aconteció un caso muy terrible.

—¡Me haceis estremecer!

—D. Francisco Sanchez, el padre de D. Manuel, habia comprado poco tiempo antes á un esclavo de la tribu de los Caribes. Es verdad, los esclavos de esta tribu son los mas tercos.....

—¿Quién lo puede tomar por mal? le interrumpió Arabela. Ellos fueron un dia los dueños del país desde las Antillas hasta el Orinoco. Ahora no solo se les ha despojado casi enteramente de la herencia de sus padres, sino que los venden como esclavos donde los encuentran.

—Es muy triste, en efecto, dijo el padre Acosta, pero aún mas triste es, si hombres que se dicen civilizados y quieren ser cristianos, olvidan toda humanidad y las máximas del cristianismo, de tal manera, que se convierten en verdaderos tiranos para con sus desgraciados prójimos.

—¿Y qué hizo D. Manuel Sanchez?

—Se dice, que al caribe que trató de fugarse y que volvieron á aprehender, le mandó suspender de los piés á un árbol y de las manos á otro, y despues

(1) Esta especie de látigo de piel de vaca de marina, es terrible para los esclavos. La piel de este animal, de un grosor de una y media pulgada, se corta en tiras y se seca. Cada azote quita no solo la piel del cuerpo, sino eorta la carne como con cuchillo.

azotar con el látigo al desgraciado hasta que cayó desmayado.....

—Dios mio, ¡qué inhumanidad!

—Despues dejó al pobre esclavo suspenso en el árbol; al dia siguiente le encontraron muerto, y en parte comido por los tigres.

—Esto es abominable, exclamó Arabela llena de indignacion; y se levantó con tanta vehemencia, que el pequeño Tití se refugió asustado en un rincon del cuarto. No ha de volver á visitarme; pues hasta ahora solo he tolerado sus visitas por su hermana.

Y se paseó con grandes pasos y con cierto orgullo en todo su continente, en la pieza.

El padre Acosta la miraba por algunos instantes con satisfaccion, y luego dijo con calma:

—No cometas ninguna imprudencia, hija mia. Tu noble indignacion contra las malas acciones me dá mucha satisfaccion, pero harias mal en excitar el enojo á un sujeto tan malo, como lo es D. Manuel Sanchez, en contra tuya, tu hermano y el jóven Soto. Nada remediarias con esto, y ¿quién puede calcular hasta dónde alcanzaria la venganza de estos hombres? Debes oponer á sus obsequios una fria dignidad, pero evitar todo choque abierto.

En aquel momento se oyó una hermosa voz. Las facciones de Arabela tomaron un color purpúreo. El padre es pnsó en pié sonriendo maliciosamente.

—¿Ya os quereis ir, padre mio? preguntó la marquesa con voz vacilante.

—Sí, hija mia, contestó el sacerdote. Creo que pronto entrará otra visita mas grata para tí.

—¡Oh, padre mio! exclamó la jóven abrazando á su viejo y fiel maestro con efusion. Nunca encontraré mejor amigo que vos!

El padre sonrió diciendo:

—Acaso uno mas jóven; pero que no te será ménos fiel y te querrá mas que yo.

—¡Oh! exclamó Arabela, si supiera.....

—No será tarde! dijo el Padre Acosta, besándola en la frente. Esperar, anhelar y creer, hace mas dichoso que saber.

Y luego, con una mirada de bondad paternal salió del cuarto.

Nada hay que haga á un sér femeníl mas amable, que un humor alegre. El reviste con tal encanto á la niña, á la jóven y á la mujer, que conquista á todos los corazones. Aunque otras cualidades pueden tambien cautivar nuestro corazon, la jovialidad inocente de una mujer nos impresiona mas y nos embriaga. En el acto sentimos que es una fuente que rejuvenece. Por eso es, que tanto repugnan la frialdad, el mal humor y, ante todo, los caprichos de una mujer, porque es una verdad probada, que ménos molesto seria vivir al lado de un temperamento frio, que al lado de una mujer caprichosa. Mientras que una jóven de esta clase es hermosa y ob-

sequiada, considera aquellas cualidades negativas como positivas, por parte de sus adoradores; pero solo de ellos, porque todo el mundo sabe que los caprichos perturban de un modo triste, la hermosa paz de la vida, aun del hombre mas jovial, y al fin le hacen sucumbir; cuando, al contrario, una jovialidad pura, posée la fuerza maravillosa de unir, compensar y ennoblecer los temperamentos mas heterogéneos.

Asi sucedió con Arabela y el jóven Soto, en quien la jovialidad de la primera influyó de un modo encantador. Daba gusto ver á los dos jóvenes chancear y reir alegremente, en cuyas ocasiones se coloreaba frecuentemente el bello rostro de Arabela, no porque el jóven se hubiera permitido algunas libertades, de que estaba muy distante, sino porque ella conocia que era amada. Y no podia tomar la conversacion de ambos un giro que ruborizaba á la timidez juvenil, aunque lo deseaba el amor.

En efecto... el jóven español no solo deseaba una declaracion, sino que al fin se la hizo.

El pequeño Tití se habia sentado en las piernas del jóven, y le miraba con una expresion de cariño tan graciosa, que incitó á los dos jóvenes á la risa. Soto lo acarició con sus manos, mientras Arabela se puso encendida.

—¿Qué teneis? la preguntó el jóven alegremente.

Arabela se encendió mas, luego contestó:

—Me alegro que Tití os quiera tanto, porque esto habla en vuestro favor.

—Me haceis una gracia singular.

—Esto lo debeis agradecer á Tití.

—¿Por qué?

—Tití es conocedor de la gente.

—Me atemorizais.

—¿Tendreis acaso motivo para ello? No lo creo.

—Acaso podria leer en mi corazon cosas, que.....

—Fuera de chanza, le interrumpió Arabela, encendiéndose de nuevo; hay un maravilloso instinto en este animalito. Puedo estar segura de que aquel á quien hace cariños, es un *buen hombre*. Y si, al contrario, se le acerca uno que sea malo, se refugia generalmente en algun rincón, y contesta á sus caricias enseñando los dientes.

—¡Vaya! exclamó Soto, riendo. Entónces Tití es un verdadero oráculo.

—Hablo sériamente, contestó la jóven. Tengo abundantes pruebas para ello, aunque no puedo explicármelo.

—De manera, mi Sr. Tití, dijo el jóven dirigiéndose á éste, que se hallaba todavía sentado en sus piernas, que tengo que dar las gracias á vuestra merced, por la buena opinion que teneis de mí.

El mono miró atentamente al jóven con sus grandes ojos.

—¿Podreis decirme acaso tambien, mi Sr. Tití, continuó el jóven alegremente; quién es la mejor señorita del mundo?

Fuese por casualidad ó porque habia mirado el jóven á Arabela al decir estas palabras; apénas habia concluido su pregunta, cuando el animalito brincó á los hombros de la jóven, abrazándola cariñosamente con las manos.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamó el jóven español.

—¡Miente! balbuceó Arabela, ocultando en la piel de su favorito su rostro encendido.

—No seais tan injusta con Tití, dijo el jóven. Vos misma acabais de decir que teneis pruebas de la infalibilidad de los juicios de Tití. Además, podeis creer que soy de la misma opinion del animalito, y me he convencido hace mucho tiempo de que la Srita. Arabela del Toro, es la mejor y mas amable jóven de ambos hemisferios.

—¡Señor mió!.....

—Ojalá pudiera manifestároslo como Tití.

—¿Cómo?

—Bien..... estrechándoos en mis brazos.

—Sois descortes, contestó Arabela con una turbacion encantadora. Hablemos de otra cosa. Hoy en la noche recibirá mi hermano visitas que.....

El jóven Soto habia arrimado su silla junto á la de Arabela. Suavemente puso su mano sobre la de ella, y dijo:

—¿Acaso os disgustaria descansar sobre este corazon que palpita ardientemente por vos, mas que todos los del mundo?

—¿Olvidais que tengo un hermano y un amigo paternal?

—Puede ser que os profese yo la misma fidelidad y estimacion que estos dignos señores; pero una cosa no pueden ofreceros: el amor ardiente que yo siento por vos.

El jóven, despues de haber pronunciado estas palabras, habia caido de rodillas, cubriendo de ardientes besos las manos de Arabela, que temblaban entre las suyas.

El corazon de la jóven palpitaba con tanta fuerza, que apenas podia respirar, y su rostro se cubrió de rubor. No encontró palabras que contestar, y su satisfaccion interior se dió á conocer por un torrente de lágrimas.

—¡Arabela! exclamó entónces el jóven; sí, ha llegado el momento de revelaros que os amo, y sus ardientes miradas buscaban las suyas. No me rechaceis y confesadme francamente si puedo esperar ser correspondido.

Arabela no pudo contestar, porque le faltaba entereza, siendo tal la turbacion que le produjo el ardiente amor que sentia en su ánimo, que el cielo y la tierra habian desaparecido para ella en semejantes momentos. La dicha y el deleite brillaban en sus miradas al encontrarse con las del jóven.

¡Oh! en aquel momento conocieron ambos que se amaban con ardor. Y sin embargo, volvió á preguntarla el jóven:

—Arabela, mi dulce amor, ¿me amas?

Entónces inclinó su hermoso rostro hácia Soto, diciéndolo con voz apenas perceptible:

—¡Sí!.....

Pero afuera, detrás de plantas muy tupidas, estaba una figura alta, en traje sacerdotal, era el Padre Acosta. Se encontraba allí, no para escuchar, sino que pasaba en aquel momento por casualidad.

Se detuvo: su semblante estaba pálido: sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin embargo, se notaba un gozo infinito en sus nobles facciones. Lo que el jóven ganaba en este momento, perdía en parte su corazon paternal; pero lo perdía con gusto, porque..... veía muy feliz á su discípula favorita.